

Apocalipsis del Asclepio

Nag Hammadi VI

“Se preferirán las tinieblas a la luz, y se preferirá la muerte a la vida; nadie levantará al cielo su mirada; sino que el hombre piadoso será tenido por loco, el impío como sabio, el cobarde tomado por valiente y al hombre de bien se le castigará como a un malhechor.

En cuanto al alma y a las cosas del alma, así como a las de la inmortalidad y al resto de lo que os he dicho, oh Tat, Asclepio y Ammón, no solamente se pensará que se trata de cosas ridículas, sino que incluso, serán objeto de mofa. Es más, creedme sobre este punto, las personas espirituales de esta clase correrán el mayor peligro en cuanto a su vida; y una nueva ley será establecida. [...] y se irán las divinidades bienhechoras, y los ángeles malvados permanecerán con los hombres, siguiendo con ellos para arrastrarlos al mal con total impudicia y a la impiedad, así como a las guerras y al bandidaje, enseñándoles todo lo que es contra natura.

En esos días, la tierra ya no tendrá sus cimientos, y no se navegará más por el mar, ni se conocerán las estrellas que están en el cielo. Toda voz santa que exprese la palabra de Dios deberá callar, y el aire enfermará. Es esa la vejez del mundo: la impiedad y la deshonra, y el caso omiso a toda palabra de bien.

Ahora, cuando todos estos acontecimientos tienen lugar, oh Asclepio, entonces el Señor, el Padre y el Dios, el Demiurgo del primer Dios único, comienza por observar lo que se ha producido; y, tras haber opuesto al desorden su designio, que es el bien, extirpa el error, y a la malicia, la suprime: unas veces la sumerge bajo un diluvio de agua, otras, la consume en un fuego violento, otras, en fin, la aplasta bajo guerras y epidemias hasta devolver su universo al antiguo estado de esta obra. Y tal es el nacimiento del mundo, el restablecimiento de las cosas santas y buenas que se producirá en el transcurso de un movimiento circular del tiempo que jamás ha tenido comienzo, pues la voluntad de Dios no tiene principio, como tampoco su naturaleza, que es su voluntad. En efecto, la naturaleza de Dios, es la voluntad, y su voluntad, es el bien”.